

Editorial

FREY A. NARVÁEZ-VILLA

Jefe Fondo Editorial
Universidad Católica de Oriente

«La ética no tiene nada que ver con el derecho» fue la frase que soltó un reconocido abogado colombiano durante una entrevista radial. Una frase que, valga decirlo, contradice a muchos de los más prestigiosos filósofos y teóricos de las mismas ciencias jurídicas (Cicerón, Kant, Rawls, Kelsen, Vasconcelos), como numerosos columnistas y líderes de opinión salieron rápidamente a aclarar. La frase de marras es, empero, una muestra, muy reveladora, acerca de la manera en que se mueven los hilos del derecho y la justicia en el país.

Esta costumbre de desligar lo ético del ejercicio del derecho se extiende, ciertamente, al ejercicio de otras profesiones. A manera de ejemplo, debería parecernos imposible que unos ingenieros construyan una torre residencial, a sabiendas de que va a hacerse con materiales de baja calidad o contrariando las mínimas normas de seguridad estructural de la edificación, poniendo así en riesgo a las familias que van a vivir allí.

En el ámbito académico, debería también parecernos imposible que un investigador, abandonando su ética científica, publique obras en las que sabe que está incluyendo textos que no son de su autoría, y a las cuales no dio el debido crédito.

Los ejemplos anteriores, que son, sin embargo, bastante comunes —y algunos corresponden a casos que son de público conocimiento—, nos sirven para cuestionar qué tan ligado está el comportamiento ético a nuestras acciones cotidianas y al ejercicio de las distintas profesiones.

En todo caso, la continua relación entre la ética y la vida cotidiana —que se manifiesta en valores como la honradez, la honestidad, la veracidad, la compasión— es la que da lugar a un todo que llamamos *integridad*. En el continuo debate sobre la deshonestidad y la corrupción en todos los niveles y ámbitos de nuestra sociedad, se echan de menos los ciudadanos íntegros.

Es verdad, por otra parte, que todos nos quejamos de la corrupción de la sociedad, pero entre los quejosos son muy pocos los que hacen algo por revisar y cambiar sus acciones en la vida cotidiana. Ese cambio de acciones, que implica también un cambio de actitud, en el ciudadano de a pie es el que garantiza una renovación de la sociedad desde abajo. Una base social renovada en sus acciones y sus actitudes es la que debe dar lugar también a un cambio de todo tipo: político, educativo, jurídico, cívico, etc. Y, dada la fuerza de la base, esa renovación debería permear a todas las instancias de la misma sociedad.

En síntesis, el mundo actual, nuestros hijos, demandan ciudadanos, seres humanos íntegros. Esa es la única forma en que se pueden lograr cambios positivos en nuestro país y en nuestro mundo.